

Para quienes de una u otra manera hemos tenido la oportunidad de acercarnos a Germán Arciniegas, reseñar alguna de sus obras no deja de constituirse en una aventura que bien merece la pena ser enfrentada. Significa, entre otras cosas, poder adentrarse en la lectura de una de las prosas más claramente literarias, más definitivamente pedagógicas de nuestro momento, de un instante que principió en la década de los treinta. La aventura no se nos plantea por lograrse presagiar la presencia de alguna imponderable dificultad comunicativa o expresiva que haya que salvar o justificar, ni por poderse anticipar la existencia de exageraciones temáticas, conatos de altivas imprecisiones valorativas o reminiscencias alambicadas e ideas de factura barroca que se deberían evitar y que invitan a la crítica superficial. Por el contrario, Arciniegas es un escritor tan claro que no sabe caer en lo retórico; tan ameno que no acostumbra moverse dentro del limbo de academicismos adocenados; tan sólido en sus conocimientos que no puede dejar de expresarlos con plena transparencia. En él la normalidad de pensamiento y planteamientos, así como la diafanidad en el estilo, parecen ser plenamente naturales, y lo superlativo, así se exprese en un elogio ampliamente merecido o se traduzca en una recriminación comprobada, se reemplaza por un entusiasmo que logra contagiar completamente a sus múltiples lectores. Para él la historiografía, como con tanta insistencia se vuelve a repetir hoy, es también expresión clara, prosa amena y descripción cautivante.

Si poder leer al maestro Germán

es un verdadero placer, tener la oportunidad de releer a Arciniegas se constituye en toda una experiencia formativa. Poder hacerlo permite comprobar no sólo la vigencia de sus enfoques y la juventud de sus tesis sino, sobre todo, los avances y las detenciones, las lagunas y las expectativas fallidas que entre una y otra de las lecturas puedan acosar al lector. Volver a enfrentarse con sus tesis y planteamientos se constituye en un ejercicio apasionante y bien puede ser que en más de una manera desilusionante: suele ser tan poco o tan complejo lo que sobre el gran tema de su reflexión se ha logrado agregar, es tan gris y en ocasiones tan confuso lo que otros, en otros años, han ido aportando que, de verdad, bien puede desaparecer la atracción por la erudición y el acopio de datos que padecemos en ciertos momentos y reemplazarse por un sentido afán de discusión de sus tesis y el deseo de profundizar en el diálogo plenamente reestablecido. Y es que, tal como lo afirma un teórico de la historia actual, Charles-Olivier Carbonell, "entre el hermetismo de las curvas y la jerga ideológica queda sitio —un sitio cada vez mayor— para el relato bien construido, para el placer de leer".

Desde mi punto de vista de lector de historia, de consumidor de historiografía, bien puedo afirmar que *El continente de siete colores* me permite integrar a su autor y verlo expresando una unidad temática constante, lo que en ningún momento significa que se repita, que se plagie, sino que, más bien, se completa, se complementa y perfecciona en cada una de sus obras. No es



Germán Arciniegas, *El continente de siete colores*, Bogotá, Aguilar, 1989, 583 páginas.

en modo alguno exagerado afirmar que por intermedio de estas quinientas y más páginas se trasluce claramente la actitud del viejo estudiante de la mesa redonda que de pronto descubre que América es su tierra firme. Que sabe bien que en ella es posible que se hayan experimentado las aventuras reales del Caballero del Dorado y la gesta de los Comuneros. Que afirma que de alguna manera fantástica y bien real lograron convivir prácticamente en el mismo espacio un puñado de alemanes que pretendieron hacer y morir la América, con los iluminados inmigrantes ingleses y con la biografía dramática de los refugiados del Caribe. Donde Amerigo y la bella Simonetta se pueden dar la mano con Colón y sus hombres, con los conquistadores, sus caballos, perros y asnos. Donde los ilustrados se transforman en apóstoles de los ideales de reformas del siglo XVIII y, luego, en los héroes del XIX. Y todo ello gracias al influjo de las virtudes de esta América mágica. Al poder lograr interpretar y descifrar la compleja gama del colorido americano, al podérselo interpretar desde dentro, al reconstruir su historia cultural más íntima y al recordar sus más grandes momentos colectivos y sus mayores hitos políticos, le es factible preocuparse por el revés de la historia y puntualizar lo que de América hay en Europa y aquello que para los hombres de hoy pueden llegar a significar algunas de las actitudes y aspiraciones de nuestros primeros libertadores, de Bolívar o de Santander.

Germán Arciniegas ha expresado en más de una oportunidad que sus mayores pretensiones como escritor se reducen y con-

cretan a llegar a escribir una sola obra, a explicarse una sola realidad específica, a enfrentarse con un solo tema: América. Pero, es cierto, la más nuestra, la tropical y la andina, la del Caribe y el Pacífico, la que se expresa en alguno de nuestros lenguajes indígenas, la que de pronto se viste de conquistador, se cubre con la capa del hidalgo, se convierte en abanderada de la independencia y difícilmente se transforma en alguno de los fundadores y defensores de la vida republicana. Es así que afirma en el libro que tenemos al frente: "El blanco en América se ha hecho profundamente americano. De Europa trajo, casi sin saberlo, su democracia. La democracia como repudio a la sociedad que dejaba en Europa. Los españoles llamaron a ese español peregrino, desplazado, 'indiano'. Su hijo fue el criollo. Los siglos coloniales acabaron haciéndolos revolucionarios".

Este libro, originalmente publicado en 1965, no pretende ser otra cosa que, según su autor, la "historia de la cultura de América Latina" y se convierte, para el lector, en una completa biografía del subcontinente. En ella desfilan acompasadamente todos los instantes definitivos de nuestro devenir colectivo, todos los pequeños y grandes personajes que poblaron la América indo-española, la portuguesa, la inglesa y la francesa. Ya que según los planteamientos de su autor, estas cuatro Américas conforman las cuatro provincias de un mundo concreto, el Nuevo, que van por el tiempo en búsqueda de su destino y se encuentran siempre con diversas expresiones de una misma libertad que parecen haber entresacado de su propia realidad,

de sus instancias más íntimas o de sus tropiezos externos.

No deja de ser significativo recordar, tal como lo hace el maestro Arciniegas, que este denso y ameno libro es el gran resultado de su acción docente de años en la Columbia University de Nueva York y en el Instituto de Estudios Avanzados de América Latina de la Universidad de París. Lo que no sólo acentúa una vez más esa otra cara fundamental en la vida del autor: para él la enseñanza directa, casi la conversación, es una necesidad tan vital como el escribir. De seguro el autor no sabría decirnos cuál de las dos prima sobre la otra. Lo que nos permite comprender cómo hoy, después de cincuenta y siete años de haber publicado su primer libro, continúa dedicado a la enseñanza en la Universidad de los Andes de Bogotá y a la redacción de varios otros libros.

El continente de siete colores cobra en esta época una nueva vida que complementa a las otras, adquiere casi sin proponérselo una nueva y renovada vigencia que le otorga la proximidad de las celebraciones del V centenario del descubrimiento occidental de América. Su lectura bien puede permitir recordar a los preocupados por los estudios históricos, y casi todos lo somos, la trayectoria vital del continente, sus avances y retrocesos, sus escollos internos y sus imposiciones foráneas, su permanente oscilación entre la libertad y el miedo. Su lectura nos permite profundizar más en la afirmación de nuestra variable realidad, de nuestra personalidad huidiza. Ya que, como lo diría el propio Arciniegas, condensando en una apretada frase mucho de lo que ha venido mostrando desde hace ya tanto tiempo: "América es otra cosa".

---

Gonzalo Hernández de Alba

Los escritos del profesor Jaime Jaramillo Uribe, agrupados bajo el título que reseñamos, si bien no constituyen trabajos acabados y "llevan todos el sello de la elaboración apresurada y ocasional", como lo reconoce en la presentación el propio autor, nos resultan valiosos por diversas razones.

Inicialmente, anotaríamos que el conjunto de estos ensayos permite visualizar una trayectoria intelectual, el amplio espectro de intereses de Jaramillo Uribe alrededor de los problemas de la historia social colombiana y latinoamericana, de la evolución de las ideas y, en general, de la cul-

tura en Colombia y en la América Latina.

En la primera parte, dedicada a temas de historia de Colombia, sobresalen un "perfil histórico de Bogotá" y el ensayo "Las ideas políticas en los años treinta: corrientes, matices, influencias externas". En "Nación y región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia" y en "Factores que influyeron en el poblamiento del territorio colombiano" se aborda la diversidad regional de nuestro país en diferentes momentos de nuestra historia. Algunos de estos ensayos y en particular "Ideas para una caracterización socio-cultu-